



Carmen Naranjo

Las víctimas

no al sufrimiento. "Bendito sea el juez justiciero", se expresa cuando se recibe la noticia del deceso. Después se cita aquella frase, en que Job condensó la esencia de la resignación: "Dios dio, y Dios quitó; sea el nombre de Dios bendito".

El 6 de noviembre, al cumplirse un mes de la guerra de Yom Kipur, se dio la noticia de que 1.854 soldados israelíes habían muerto en los combates. Los días siguientes fueron días de funerales.

Los entierros judíos son muy simples. No hay flores, no hay ostentación. La muerte nivela a ricos y pobres. Los cementerios son austeros: filas de lápidas sin ornamento, el nombre en hebreo y las fechas del nacimiento y la muerte.

En señal de duelo, los parientes cercanos se desgarran las ropas y ellos arrojan las primeras paladas de tierra, repitiendo las palabras del Génesis: "polvo eres, y al polvo serás tornado". Cerrada la tumba, se recita la oración por el alma del

muerto y el pariente más cercano del fallecido contesta con el Kadish (santificación), que no habla de muerte si no de fe en Dios: "Bendito sea eternamente el nombre del Dios grande; bendito, alabado, glorificado, ensalzado, exaltado, magnificado y loado sea su nombre santo".

Ese 6 de noviembre, a la tradición descrita, se agregó el Salmo de David en lamentación por la muerte de Saúl y de Jonatán su hijo.

Era impresionante oír el canto fúnebre sobre las caras llorosas de los deudos, la profunda soledad de los cementerios.

"Montañas de Gilboa, nun-

ca haya rocío,
ni nunca lluvia sobre
vosotras,
ni campos de ofrendas!
porque allí fue vilmente desechado el escudo de los
héroes,

el escudo de Saúl, cual si no fuera ungido de aceite".
Las calles estaban tristes, no había necesidad de desgarrarse las ropas, el duelo era de todos.

"Cómo han caído los poderosos en medio de la batalla!

Saúl y Jonatán, oh cuán amables y cuán hermosos eran en su vida, y en su muerte no fueron divididos!

Las banderas a media asta, un aire de orfandad en

los niños, un shofar desolado y una palabra de consuelo que se calla, resulta tan inútil.

"Cómo han caído los poderosos,
y perecido las armas de guerra!".

El lamento del rey David se hace presente. Saúl y Jonatán han muerto de nuevo.

Y esa es la guerra. Una cifra multiplicadora de muertos, un dolor de madres, viudas, huérfanos, hermanos, amigos. Una ausencia presente de los que no regresan. El dolor no tiene nacionalidad. Es un grito en idioma universal.

Jerusalén, noviembre de 1973

La guerra es un juego peligroso. Los que caen, caen. No hay aplausos, medallas, estatuas que los levanten, que los lleven de nuevo a las casas, que los haga sentirse en familia, que les enseñe el amor de quienes los aman.

Sólo quedan las lágrimas, el dolor, el recuerdo, el desconsuelo de las ausencias.

Mi vecina llora a su hijo, un piloto de diecinueve años, estudiante de ingeniería. Un muchacho delgado, de largas piernas, con un cabello largo y rebelde, unos ojos muy azules y una sonrisa tímida. No vivo cerca de una mujer árabe, pero sé que ella llora igual, con tanto dolor y con tan conmovedor desconsuelo, el hijo que no volvió.

La religión judía es austera y este pueblo no es aje-